

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón

Milán, 24 mayo 2017

Textos de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 231-239 y J. Carrón, «Introducción» de Mi corazón se alegra porque tú, oh Cristo, vives, supl. de Huellas-Litterae communionis, junio 2017, pp. 4-22.

- *Il Desiderio*
- *Il seme*

Gloria

Veni Sancte Spiritus

Empezamos a trabajar en la introducción de los Ejercicios de la Fraternidad 2017, en donde propusimos al comienzo una pregunta partiendo de Péguy: ¿nos resulta todavía interesante la salvación? (cf. *Mi corazón se alegra porque tú, oh Cristo, vives*). ¿Qué es lo que hace que siga siendo interesante? ¿Qué puede hacer que siga siendo interesante en medio de todas las dificultades y desafíos de la vida, entre todos los problemas que se producen y nuestras distracciones? ¿Qué tiene que ver hoy esto, todo esto, con el seguimiento? ¿Qué prevalece ahora? Se trata de continuar este recorrido que en otros momentos hemos denominado, con las palabras de Giussani, «personalización de la fe». ¿Qué significa personalización de la fe? Que lo que he encontrado llegue a ser mío. Y esto no puede suceder sin mí. Esta personalización no puede producirse en mí sin mi libertad. Es algo que aparece ya desde las primeras intervenciones que me habéis enviado. Empiezo a leer una (porque la persona que la ha escrito no podía venir esta noche): «He vuelto de los Ejercicios triste, porque me he medido mucho con tus lecciones y me he agobiado. No he visto mucho. Salí confusa por las muchas cosas que habías dicho, a las que no conseguí poner carne. Y todo esto me daba rabia. Estaba incómoda, pero no tenía una respuesta, así es como me sentía [a uno le puede pasar esto en un momento tan crucial, como veremos después, uno puede tener esta dificultad; pero, como se ve enseguida, el Misterio no nos deja solos]. En estos días ha sucedido algo que me ha permitido respirar [puede no suceder según la imagen que uno tiene: “Tiene que ser en ese lugar, en esa hora y como yo he decidido”]. Vinieron a cenar a casa dos amigas, y una de ellas contaba qué habían sido para ella los Ejercicios: se había conmovido durante toda la asamblea, había escuchado lo que necesitaba escuchar, no se había enfadado al escuchar cosas que le resultaban distantes, aunque le habían disgustado. Al escucharla, me quedé de piedra y comprendí dos cosas. La primera es que ella tenía una necesidad cuando fue a los Ejercicios, mientras que yo no. De hecho, yo había ido sin preguntas, esperando algo bonito pero nada más, como si mi vida estuviese en su sitio con todas sus cosas. Delante de ella me di cuenta de que, con frecuencia, las cosas que hago carecen de sentido, y me di cuenta de que deseaba una mirada sobre mí, un encuentro, una salvación —es decir, no quedarme reducida a un mecanismo, a las cosas que hay que hacer—. La segunda es que durante la cena mi

escepticismo actuaba en mí haciéndome mirar con sospecha al interlocutor [el Misterio puede mandarnos a otro que nos despierte, pero podemos incluso tener una sospecha con respecto a la persona que nos manda] en cuanto hablaba de una correspondencia, y estaba pendiente para pillarla en un fallo [para ver qué es lo que no marchaba] o para entender si lo que decía eran meras palabras o era verdad. Y corría el riesgo nuevamente de estar más atenta a que todo encajase en lo que yo podía aceptar y entender, que a buscar algo para mí. Por suerte esto no prevaleció [¡daos cuenta qué lucha, casi segundo a segundo!] y pude ver su alegría. Hoy, ya desde por la mañana, tenía todas estas cosas en la cabeza y, metida en la rutina cotidiana, no podía dejar de desear algo nuevo como les había sucedido a ellas. ¡Pero cuánto olvido he visto! Me parece un esfuerzo enorme mantener esa posición, mantener el deseo. Estoy segura de que siempre necesitaré que alguien me despierte, y quiero pedirlo. ¿Qué ayuda podemos tener en esto? ¿Cómo no recaer en una nada inconsciente, llena quizá de cosas buenas, bonitas pero insípidas? En esto soy una maestra, me suelo apañar bastante bien, pero no quiero esto». La pregunta es cuál es la ayuda que podemos ofrecernos. La primera ayuda se aclara si observamos cómo actúa el Misterio. A pesar de que la amiga que escribe haya ido a los Ejercicios con esa actitud cerrada, se ha encontrado con alguien después, y a pesar de que al principio existía una especie de escepticismo, al final no ha podido «dejar de desear algo nuevo como les había sucedido a ellas», es decir, no ha podido dejar de ver cómo se abría su propia necesidad por lo que veía en ellas. ¡La verdad se comunica por envidia! Entonces, ¿qué es lo primero para ayudarnos? Secundar ese sobresalto, ese nuevo despertar del deseo. Porque el Misterio no te suelta un sermón, no te regaña, sencillamente te manda a alguien que haga renacer el deseo desde las entrañas de tu ser por la fascinación que ves. Es fácil. Basta con seguir ese atisbo de luz, de atractivo que se despierta en nosotros, esa chispa que nos da un poco de pobreza de espíritu. Lo segundo es, entonces, seguir el testimonio de los demás. Si aceptamos estas cosas, empezamos a ver cómo responde el Misterio a las preguntas. ¿Qué te puede ayudar a mantener despierto el deseo? Mira cómo te está ayudando el Misterio. De hecho, el Misterio no se detiene ante tu bloqueo, sino que sigue tomando la iniciativa del modo más imprevisible para ti: a través de tus amigas, provocando en ti un deseo que ni siquiera tu escepticismo ha sido capaz de bloquear, que descubres en ti y que puedes seguir.

Al volver de los Ejercicios, me he dado cuenta de forma evidente de quién soy yo y de cómo estoy viviendo mi vida. En los últimos meses me he distanciado un poco del movimiento, y por tanto de Cristo, sin mirar nunca hasta el fondo por qué estaba sucediendo esto. Alguna vez buscaba justificaciones en algunos hechos que me han sucedido últimamente, hechos decisivos en la vida de una persona, pero estos intentos de justificación fracasaban miserablemente frente a la conciencia del abrazo que he recibido en mi vida. Pero entonces, ¿por qué este alejamiento? ¿Por qué esta salvación que he reconocido y vivido ya no me interesa? Preguntas a las que todavía, sinceramente, no encuentro respuesta. Pero, al ir a los Ejercicios, he conseguido formular alguna hipótesis y, por decirlo todo, ya el hecho de haber ido a los Ejercicios ha sido un primer signo: el primer signo de que, a pesar de todo mi olvido, no puedo dejar de desear una vida plena. Sin embargo, este deseo, a pesar de que me mueve hacia aquello que mi corazón desea, muchas veces de forma inconsciente, a veces

querría arrancármelo. Algunas veces me doy cuenta de que me gustaría no haberme encontrado nunca con Cristo en el movimiento —y este es quizá mi mayor pecado—, porque así mi corazón podría conformarse con algo más pequeño. Pero ya no es posible. Ahora he visto el tipo de felicidad que trae el abrazo del Padre y no puedo hacer como si no hubiera saboreado un gusto pleno. Ahora comprendo más que nunca las palabras de El monólogo de Judas: «No fue por los treinta denarios, / sino por la esperanza que / Él, aquel día, / había suscitado en mí», porque cuando esa esperanza, ese deseo infinito no encuentran correspondencia en la realidad (o tú no ves esa correspondencia), querrías que ese deseo nunca hubiese brotado con esa potencia. He intentado, lo he intentado con todas mis fuerzas, desear menos, ver si es posible para mí una vida sin Él, pero el vacío se ha adueñado de todo. He intentado encauzar mi deseo en el trabajo, en los amigos y otras cosas, pero con el tiempo, todas estas cosas han perdido el sabor que tenían antes. Mi trabajo, que siempre me ha gustado muchísimo, se ha vuelto costoso y estéril; ¡nunca me ha resultado tan costoso! A los amigos no he sido capaz ni siquiera de decirles lo que me sucede realmente, esos mismos amigos que han sido el instrumento con el que Cristo se ha mostrado en mi vida y que ahora parecen lejanos. Me avergüenzo de estas bajezas mías, hasta el punto de no hablar de ellas. En los Ejercicios todo esto ha brotado con una evidencia sin igual en mi vida, junto a todas las bajezas de las que soy capaz. Todo el deseo de plenitud, felicidad y belleza que he tratado por todos los medios de enterrar, han aflorado todavía más acuciantes que antes, y junto a esto, ha surgido también toda mi presunción, la presunción de haber entendido, de poder gestionarlo yo todo de algún modo. Ha sido evidente cuando, para indicar un camino que podemos seguir, tú has citado algunos de los gestos que propone el movimiento, como el fondo común o la caritativa. Cuando has citado estos dos gestos mi reacción inmediata ha sido de rechazo: «Todo eso está bien, pero desde luego yo trabajo demasiado y no tengo tiempo para hacer caritativa». Estas reacciones mías me han escandalizado en parte, porque, ¿cómo se puede, después de todo lo que he visto, retirarse antes incluso de haberlo intentado? Por otra parte, han encendido una pequeña luz sobre el modo con el que estoy viviendo la realidad que podría definirse como lo contrario de la pobreza, en el sentido de que, a pesar de que yo entreveo una posibilidad de plenitud para mí, siempre pongo delante mi medida sobre las cosas. Es una dificultad inmensa para mí renunciar a mi medida. Y por lo poco que he podido comprender hasta ahora de lo que has dicho en los Ejercicios, este es justamente uno de los puntos fundamentales que hay que comprender para poder crecer. Ser un cántaro vacío delante de una presencia que continuamente lo llena para mí sigue siendo con demasiada frecuencia una imagen bonita. La realidad es que me presento ante la realidad lleno de lo que creo haber comprendido y conquistado. Y por eso, tomo de la realidad solo lo que sirve para confirmar y valorar mis ideas ya conquistadas. En otras palabras, entiendo que mi mayor dificultad está en morir para dar mucho fruto. A veces cuesta descubrir de qué bajezas soy capaz, sobre todo frente a todo lo que he encontrado, pero quizás justamente ese el punto desde el que se puede volver a partir.

Por eso te agradezco que hayas tenido la libertad de decir las cosas tal como están, con todas las dificultades que cuentas. Porque cada uno de nosotros podría contar lo mismo

que tú. Nosotros no estamos hablando de un mundo ideal, estamos hablando del mundo real, en el que, a pesar de que hemos tenido el encuentro decisivo con Cristo en la vida del movimiento, uno se puede alejar y buscar otra cosa. El encuentro no cierra la partida. Como decía el papa Benedicto XVI hablando de san Agustín (que alguna buena había liado), la vida es un camino no siempre lineal. Si le ha pasado a san Agustín, nos puede pasar también a nosotros. Por ello, no hay que escandalizarse de nada, sino mirar cómo nuestros intentos de reducir lo que nos ha sucedido y de conformarnos con otra cosa no bastan, son inútiles. Esto nos da la esperanza de que, aunque podamos pasar momentos como los que has descrito, hemos saboreado algo tan correspondiente –como para el hijo pródigo tener una casa, tener un padre, tener una cierta experiencia de la vida– que, cuanto más nos alejamos, más se manifiesta ante nuestra conciencia lo diferente que es. Y por ello, uno empieza a darse cuenta de que lo que necesita es una pobreza, el reconocimiento sencillo de lo que le ha sucedido, para que no nos convirtamos nosotros en la medida de lo que responde nuestro deseo, sino que, como un cántaro vacío, acojamos todo lo que Él nos da. Y así, poco a poco, uno puede conquistar, como decías al final, esa pequeña luz sobre el modo con el que está viviendo la realidad, poco a poco se vuelve suyo algo que podemos haber incluso repetido, pero que solo la dificultad de la vida, que no se nos ahorra, empieza a hacer entrar en nuestra medida abriéndola de par en par. Como me escribe otra persona: «Es increíble cómo Él, con el paso de los años, es capaz de leer minuciosamente la limitación de mi vida y esta lejanía y extrañeza que percibo cada vez más real en mí [habla de la lejanía de Cristo con respecto al corazón]. Si supieses lo árida que es mi forma de amar, cuánto falta la fuente del bien en mí y cuánto siento su ausencia [como decías tú antes: al final lo que más te gusta, como puede ser el trabajo o los amigos, se vuelve árido, y se vuelve árido incluso amar]. Y yo sé que Jesús es el origen de la posibilidad de vivir verdaderamente, pero [aquí aparece el “pero”] mi vida está continuamente bloqueada. Cada vez que lo dices, me siento desproporcionada. Solo quiero retomar un camino que no me ahorre nada». ¿Comprendéis ahora por qué Péguy vuelve a plantearnos el tema de la libertad? Porque no es que no nos haya sucedido nada. Todos nosotros, como estamos viendo, hemos partido de algo que nos ha sucedido en la vida, pero solo llega a ser nuestro a través de la libertad.

Quiero plantearte un par de preguntas que nacen de los Ejercicios, pero también de antes. La principal es: ¿qué libertad es esa que estás pidiendo, casi mendigándola? ¿Por qué te planteo esta pregunta? Doy un paso atrás. Me ha parecido precioso de tu entrevista en Jot Down («Los problemas no los crean los demás, los demás nos hacen conscientes de los problemas que tenemos») no solo el contenido de las respuestas, sino sobre todo ver a un hombre entero que expresa una inmediatez llena de certeza. Análogamente, he percibido que el asombro por la visita del Papa a Milán ha nacido para mí, en el fondo, del mismo hecho: la belleza y el atractivo de ver un yo unido, que no pierde tiempo y energía en las premisas. Y sobre todo, no por una fuerza suya, sino porque está atraído por Cristo. También me ha impresionado verdaderamente escucharte citar una entrevista en la que el cardenal Scola, hablando del Papa y de nosotros los occidentales, nos definía a los europeos como herederos de divisiones

intelectualistas y doctrinalistas. Entre otras cosas, yo no me puedo definir como un intelectual, porque soy ingeniero agrónomo, pero a pesar de esto, me doy cuenta de lo verdadera que es esta observación, un poco como si corriésemos una carrera de 100 m con una mochila pesada a la espalda. Al ver al Papa y al verte a ti me doy cuenta de que yo con frecuencia soy realmente así. La mayor parte de la dificultad que tengo (lejanía con respecto a Cristo que percibo a veces) y el hecho de que el tiempo que vivo dé fruto o no lo dé (porque no usar bien el tiempo hace percibir a Cristo como lejano) depende de que, instintivamente, parece muchas veces más rápido y eficaz demostrar algo a través de una construcción de mi pensamiento que reconocerla simplemente. De vez en cuando me parece que vivo ralentizado por una forma mentis que me ha acostumbrado a analizar las cosas antes de abrazarlas, oponiendo ambas cosas. La segunda pregunta es si esto te sucede también a ti, y cuál es, en tu opinión, la clave de este punto. Cuento un hecho que me ha contado una amiga que da clase de plástica en secundaria y que se me ha quedado grabado –entre otras cosas es un buen signo porque quiere decir que los hechos empiezan a hacerme compañía también a mí–. Esta amiga había organizado un curso de dibujo por las tardes para los estudiantes más capaces, para los que querían mejorar, y se encontró con que entre los chavales que venían, había un chaval que no era precisamente bueno en dibujo, y estaba un poco cohibida, porque no sabía si decírselo o no. Decidió esperar a hablar con la madre, con la que tenía pendiente una entrevista. Cuando la madre llegó le planteó el tema, y la madre respondió: «Sí, yo ya he hablado con él del tema, y me ha respondido: “He querido ir porque esa es la profesora que me quiere”». Este hecho me está permitiendo entender mejor cuál es esa libertad cuya necesidad siento imperiosamente: una sencillez como la del Papa y como la de este chico, que se dejan atraer por el afecto predominante. No es una debilidad de pensamiento, sino toda la fuerza de una experiencia irreductible. Si miro mi experiencia, lo que me parece evidente es que si yo reconozco y me dejo atraer por el afecto predominante seré capaz de comprender y de respirar dentro de todos los detalles; en cambio, si pongo primero el detalle o mi razonamiento sobre él, me ahogo en ese aspecto, y veo que Cristo se aleja cada vez más, y esto, inevitablemente, me parte el corazón. Para mí los Ejercicios han supuesto que se vuelva a hacer carne este afecto predominante sobre mí, ante el cual yo mendigo para mí la libertad de la sencillez de ese estudiante de dibujo.

Tú planteas una cuestión fundamental, dices que a veces te parece más rápido y eficaz demostrar algo a través de un razonamiento que reconocerlo simplemente. ¿Por qué sucumbimos a esta tentación? ¿Qué hay detrás? Nosotros, como digo desde hace tiempo, somos modernos y –como afirma el cardenal Scola, al que has citado, con respecto a nosotros los europeos– «herederos de visiones intelectualistas y doctrinalistas» (A. Tornielli, «Il Papa a Milano tra periferia e carcere», *Lastampa.it/Vaticaninsider*, 17 noviembre 2016), y pensamos que es suficiente con hacer un discurso bonito para que se vuelva nuestro su contenido. Siempre me ha impresionado un famoso texto de Kant, que centra sintéticamente la cuestión: «Se puede tranquilamente creer que, si el Evangelio no hubiese enseñado primero las leyes éticas universales [las verdades fundamentales de la vida] en su íntegra pureza, la razón no las habría conocido en su plenitud...». Lo más decisivo que tenemos para vivir, lo que hace

que la vida sea vida, nos lo ha traído el Evangelio. Es Kant quien lo dice. ¿Cuál es el problema? Se comprende muy bien por lo que dice a continuación: «...aunque ahora, puesto que ya existen, cada uno puede estar convencido de su exactitud y validez mediante la sola razón» (I. Kant, *Questioni di confine*, Marietti 1820, Génova 1990, p. 105). Una vez que Cristo nos ha hecho descubrir en su íntegra pureza lo que necesitamos para vivir –y nosotros lo sabemos– es suficiente con la razón, es suficiente con el pensamiento para reconocerlo, ya no necesitamos a Cristo, no necesitamos seguir el impacto de algo que tenemos delante de nosotros. La libertad se reduce simplemente a este uso de la razón. Creemos así que basta con razonar para que las cosas se vuelvan nuestras. Pero la historia ha desmentido esto y lo desmiente. ¿Qué es lo que falta aquí en el fondo? Para poderlo entender, lo más sencillo es leer cómo prosigue el texto del Innominado que hemos citado en los Ejercicios, en el que vemos cómo se juega la libertad del Innominado. El cardenal Federigo se dirige a él diciendo: «“No creáis [...] que me contento por hoy con esta visita. [Ya no puede conformarse con haberlo visto aquella vez; quiere volver a verlo y añade:] Volveréis, ¿no es cierto?”. [...] “¿Que si volveré?”, respondió el Innominado: “aun cuando vos me rechazarais, me quedaría porfiado a vuestra puerta, como un mendigo. ¡Necesito hablaros!, ¡necesito oíros, veros!, ¡os necesito!”» (A. Manzoni, *Los novios*, cap. XXIII). Porque el cristianismo es esto. La libertad se despierta frente a una presencia que nos atrae, que atrae todo nuestro ser. La libertad, como tú dices, es esta sencillez por la que percibo a alguien tan decisivo para mi vida que tengo una necesidad irrefrenable de volver a verle. Pero es recíproco. La necesidad no es solo del Innominado con respecto al cardenal, sino que es también del cardenal con respecto al Innominado, por esa «limadura de verdad que pueda haber en el bolsillo de cada uno» (*Seguros de pocas grandes cosas*, Encuentro, Madrid 2014, p. 144), como decía don Giussani. La libertad se halla de nuevo en secundar la fascinación, el atractivo que una presencia suscita en nosotros, para no perderla. Todo lo contrario del voluntarismo, todo lo contrario del moralismo, todo lo contrario de una fuerza titánica de voluntad. No. La necesidad: «¡Necesito hablaros!, ¡necesito oíros, veros!, ¡os necesito!». ¡Nada más lejos de una construcción mental! Las construcciones mentales no sirven para nada porque, como dice Kant, si esas verdades fundamentales de la vida no se nos hubiesen dado, no habríamos llegado a ellas. ¿Cuál es nuestro error? Pensar que una vez que algo se nos ha dado, podemos no necesitar ya volver a quien nos las ha dado. Esto lo podemos pensar también del movimiento. Hay quien piensa que es verdad que sin Giussani no habríamos podido entender ciertas cosas que él nos ha traído, pero que ahora, una vez que tenemos los textos, podemos reconocer esas cosas con nuestra razón, no necesitamos seguir. Así cada uno puede hacer con los textos el guiso que quiera. Sin embargo, tendrá que ver si esto es capaz de responder a la necesidad de vivir. Juan y Andrés, los primeros que se encontraron con Jesús, no perdieron ni un minuto en construcciones mentales, sino que fueron a buscarle al día siguiente. Cualquiera que se encuentre con Él y lo experimente como respuesta a su necesidad, como el Innominado, «me quedaría porfiado a vuestra puerta, como un mendigo». Esta pobreza, esta conciencia de nuestra pobreza vuelve inequívoca nuestra necesidad: no nos basta simplemente con adherirnos a un discurso reducido de forma intelectualista, ¡necesitamos volver a esa presencia! Porque «si yo reconozco y me dejo

atraer por el afecto predominante seré capaz de comprender y de respirar dentro de todos los detalles; en cambio, si pongo primero el detalle o mi razonamiento sobre él, me ahogo». Pero hace falta que cada uno haga experiencia de esto, es decir, de qué es lo que hace posible «respirar dentro de todos los detalles», para que se mantenga vivo su deseo de volver. Este es el problema que se plantea una y otra vez. Escribe una amiga: «Puedo hallarme bajo una capa de plomo, pero, ¿cuál es la forma de vivir la realidad que tenga en cuenta todos los factores, incluyéndome a mí, para no retirarme de la realidad?». Y de nuevo, la ayuda brota de la experiencia de muchos de vuestros testimonios: «Deseo comunicarte mi alegría y el asombro que me ha invadido hasta el punto de conmovirme hasta las lágrimas. Soy relativamente nueva [este es el regalo que el Misterio nos da con los nuevos, esta sencillez de la que hablabas tú], pero al mismo tiempo estoy todavía abierta y sedienta, y cada vez más en busca. Por eso deseo sencillamente comunicarte mi humilde gratitud. Ha sido un don de gracia [está hablando de los Ejercicios]. Y no te digo cuántas objeciones había puesto: demasiadas personas en el mismo hotel, confusión, colas para la comida, demasiado frío, demasiado calor, demasiado tiempo sentados, madrugones, todo eso es todavía demasiado costoso para mí. Llegué llena de esas objeciones, pero al mismo tiempo desarmada, sabiendo que no sabía [parece nada, pero es mucho: sabiendo que no sabía]. Y entonces la multitud, todo aquello que era una objeción, se transformó: muchos rostros amigos, una gran familia, rostros alegres incluso en el dolor, en la enfermedad, en la dificultad de la vida; todo hablaba a mi corazón [todo lo que antes era una objeción] y todo era para mí, todo hablaba de mí. ¡Cuánto deseo ahora comunicar que mi corazón desborda de alegría y compartir todo esto con mis seres queridos! No sé cómo expresarlo mejor. Para mí ha sido como contemplar una obra de arte, la belleza de la creación, de la naturaleza. Me ha pasado muy pocas veces en la vida quedarme así, sin aliento, con los ojos medio cerrados porque estaba deslumbrada, esperando que no terminase y al mismo tiempo totalmente desbordada, hasta el punto de no poder pronunciar una palabra. Ha sido un anticipo del Paraíso». Lo que hace que todo sea “para mí”, que permite que todo hable al corazón, que no se vuelva pesado, es estar desarmados delante de la realidad; lo que hace posible que todo nos hable es saber que no sabemos. Y con eso podemos afrontar incluso las dificultades que siguen apareciendo. Como dice otra carta: «Después de las primeras semanas llenas de entusiasmo aquí me encuentro, envuelta de nuevo en el aburrimiento de las cosas habituales, en la soledad y en la apatía. Es como si viese suceder nuevamente en mí lo que decías en los Ejercicios: ciertos momentos en los que uno se despierta, se mueve, levita, pero luego todo se vuelve de nuevo pesado y asfixiante. Es como si estos dos momentos no se uniesen nunca más que desde fuera. Yo me encuentro en este punto. ¿Qué significa ahora, en la práctica, vivir la memoria de Cristo? ¿Cómo puede llegar a convertirse este momento en un paso de conciencia, en un paso del camino de la conciencia?».

Si pienso en qué es lo que prevalece en mis jornadas desde hace algunos meses diría, a bote pronto, que los problemas de distinta naturaleza que obstaculizan mi tiempo y mi pensamiento. Pero en la Escuela de comunidad he aprendido que afrontar los problemas es la primera forma de caridad, es decir, de descubrir el amor de Dios. Te

vido ayuda para profundizar en esto. Porque lo que entiendo es que lo más bonito no es solo alcanzar el objetivo –con mucha frecuencia fijado por mí–, sino el mismo camino cuando uno camina. Y el camino, me doy cuenta de ello, se vuelve tal cuando lo que sucede es un diálogo con Quien me hace a través de lo que sucede.

Esta es la posibilidad: que todo cuanto aparece como una objeción se convierta en diálogo con Aquel que nos hace. Es algo facilísimo, lo hacen vuestros hijos. De hecho, no es que por un lado vayan los problemas y por otro la memoria. Vuestros hijos, como digo siempre, cuando se despiertan por la mañana y tienen el problema de la soledad, ¿qué hacen? Lloran, gritan, os buscan, no tienen otra cosa. No desde fuera, sino desde dentro de sus entrañas urge el deseo de encontrar el rostro de su madre. ¡Es fácil! La cuestión es si nos damos cuenta de que todo lo que nos sucede, como les pasa a los niños, es para reavivar la memoria de Su presencia, para reavivar la memoria de la madre. Cuando el niño tiene hambre, cuando el niño tiene miedo, cuando el niño se asusta, cuando al niño le falta algo, cuando tiene que pedir algo, todo –¡todo, todo!– se convierte para él en una ocasión de relación. Y esto construye su vida, le da la posibilidad de una familiaridad cada vez mayor con su madre, genera en él la certeza de que con su madre la vida es más bonita, es más vida. Pero esto no tiene que ver solo con los niños. En los niños vemos una dinámica que afecta a la naturaleza del hombre: es decir, que la vida es, a través de todo lo que sucede, entrar en diálogo, en relación con Aquel que es Padre. Y esto no sucede desde fuera, de forma moralista, sino desde dentro de la relación. Vuestro hijo no tiene problemas moralistas, ¡no sabe ni siquiera qué es eso! No se relaciona con vosotros porque tiene que hacerlo, sino que le urge hacerlo, ¡hacerlo coincide con su grito! Él no se desdobra en dos, no, coincide de tal modo consigo mismo que no puede evitar que desde las entrañas de su yo, en cuanto abre los ojos, desee entrar en relación con aquel que le hace, que en ese momento para él son sus padres. Pero si nosotros no miramos esto, todo se convierte en objeción. Imaginad que el niño dijera, con relación a vosotros, sus padres: «No, ahora no les busco». ¿Qué sería para él la vida, el día? En un momento dado nosotros perdemos esta conciencia de la verdadera naturaleza de nuestro yo, de la verdadera pobreza. Y cuando uno la recupera como adulto, como el Innominado, nadie le arrancará de la puerta del cardenal, en donde permanece obstinadamente «como el mendigo», porque necesita volver a verle. Este es el problema de la vida. Cuanto más tardemos en descubrirlo, más costosa nos resultará la vida. Cuando uno empieza a darse cuenta de ello, todo habla, todo se vuelve más suyo. Pero el Misterio que nos ha hecho no quiere imponernos esto, sino que quiere dejarlo a nuestra libertad, quiere que sea nuestro: quiere que esa salvación sea mía, tuya.

Yo tengo dos preguntas. La primera es con respecto a la página tres: «Cuando se ha tenido la experiencia de ser amado libremente, las sumisiones ya no presentan ningún atractivo. / Cuando se ha tenido la experiencia de ser amado por hombres libres la postración, las inclinaciones de los esclavos ya no significan nada. [...] Nada tiene ese peso, nada tiene ese valor». A mí me asombra mucho esta frase, que al mismo tiempo me hace enfadarme un poco también, porque me doy cuenta de que yo soy una pobrecilla limitada, y con frecuencia digo que no. Pero al mismo tiempo, he sido hecha libre y deseo ser mirada así y aprender a mirar a los demás así. Por eso, mi pregunta

es: si la libertad no impide, más aún, permite que yo diga con frecuencia que no, pero esto empobrece la vida, ¿cómo puedo aprender a usar la libertad para decir que sí y no perderme nada? La segunda pregunta en cambio tiene que ver con un punto en la página dos, cuando tú retomas una contribución que te ha llegado: «He descubierto, luchando, que la vida es bella no porque todo esté en su sitio o porque sea exactamente como yo la imagino. La vida es bella porque cada día se da la posibilidad de relación con el Misterio, y todo puede convertirse en un desafío para descubrir esta relación y para obtener de ella una ganancia para uno mismo. Lo que me libera del ansia y del miedo [...] es haber experimentado que en lo imprevisto se esconde algo que ha sido preparado para mí, una ocasión para profundizar en esa relación con el Misterio». Entonces, te pregunto: ¿es verdad que la realidad, toda la realidad, es positiva, que la realidad es buena no porque no existan dificultades, sino que cada uno puede, dentro de las dificultades y las heridas que tiene que afrontar, descubrir algo grande? ¿Es verdad que cada cosa, cada hecho, cada circunstancia que se te da, es posibilidad de relación con el Misterio, y que todo puede convertirse en un desafío para descubrirlo y recibir un “plus” para uno mismo, incluso las cosas que parecen solo tomaduras de pelo? Lo que tú nos dices es revolucionario, porque el mundo dice una cosa completamente distinta.

¡Es revolucionario! Pero vemos que, a pesar de todo lo que nos ha sucedido, en el fondo sigue habiendo una sospecha: «¿Es verdad que la realidad, toda la realidad, es positiva? ¿Es verdad que cada cosa, cada hecho, cada circunstancia que se te da, es posibilidad de relación con el Misterio, y que todo puede convertirse en un desafío para descubrirlo y recibir un “plus” para uno mismo [...]»? Yo te puedo asegurar que sí, pero no te sirve de mucho si tú no lo descubres desde dentro de tu experiencia. Tú has escuchado que la realidad es positiva, pero no basta con repetir la frase justa para que sea tuya. Y aquí vuelve de nuevo la cuestión de la libertad. Porque esto nunca será mío, nunca será tuyo lo que se te da, amiga, si tú no lo verificas, es decir, si tú, al recibir estas cosas, no empiezas a ponerlas en juego, a afirmarlas para verificarlas. Dice don Giussani en *El sentido religioso*: «Una búsqueda real implica siempre como hipótesis última que haya una respuesta positiva: en caso contrario uno no busca. Por eso, como la realidad provoca, la educación de la libertad [es la educación que tenemos que darnos] debe ser una educación para responder a la provocación» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 183). Tú podrás descubrir si la realidad es positiva solo si la secundas. Y mirad lo que dice Giussani: ¿Qué es esta educación en la libertad? Si yo preguntase: ¿con qué asocia cada uno de nosotros en este caso la palabra educación –esto es hacer Escuela de comunidad: la comparación entre lo que nosotros pensamos y lo que dice don Giussani–? ¿Qué dice? «Es una educación para tener “hambre y sed” lo que nos hace estar atentos a las numerosas provocaciones que constantemente nacen de la confrontación con la totalidad de lo real [el hambre y la sed nos vuelven atentos a la provocación que nos trae la realidad], lo que nos dispone a aceptar cualquier indicio de valor [secundarla, como decíamos antes], es decir, cualquier promesa seria que se haga a la indigencia esencial de nuestro ser [a nuestra pobreza original]» (*Ibidem*). En esto se juega nuestra libertad. Y Jesús afirma: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed», porque entonces todo, como se decía antes, todo es para nosotros, todo se vuelve mío,

cada cosa me habla, y todo se multiplica. Por eso uno es bienaventurado. Todo se vuelve nuestro con los mismos ingredientes. No son “bienaventurados” porque la vida les trate de forma distinta. No. Son bienaventurados porque, teniendo esta hambre y esta sed, todo les habla. Decía san Agustín: a algunos la realidad les habla, y para otros está callada, muda; pero luego se corrige y dice: no, la realidad habla a todos, pero la entienden solo aquellos que la comparan con el corazón, con el hambre y con la sed (cf. *Confesiones*, X, 6,10). Entonces, «bienaventurados [son] los que tienen hambre y sed. Por el contrario, malditos los que no tienen hambre y sed, los que saben ya todo, los que no esperan nada. Malditos los satisfechos para quienes la realidad es, como mucho, puro pretexto para su agitación y no esperan de ella nada verdaderamente nuevo» (*El sentido religioso*, p. 183). Si yo parto de una hipótesis positiva, si hay algo que descubrir, lo descubriré; si parto de una hipótesis negativa, aunque exista, no podré descubrirlo. Es crucial que nosotros, desde dentro de la experiencia que hacemos, podamos descubrir la verdad de lo que nos decimos. En caso contrario, al final lo perderemos completamente. Y para descubrir se necesita una apertura positiva. Por tanto la lucha, como dice otra amiga, se produce entre estas dos actitudes: «Cuando tengo esta posición, cualquier cosa, incluso un enfado, se transforma en profunda conmoción. Al igual que el Innominado delante del cardenal, me he vuelto a dar cuenta de que en el fondo lo que yo necesito verdaderamente es la relación con Cristo presente a lo largo del día. En esos días he vivido no solo un gran agradecimiento, sino sobre todo un fuerte deseo de volver a empezar ese trabajo y esa profundización de mi fe que tú nos propones desde siempre, y que yo desde hace tiempo no me tomaba en serio». Este es nuestro problema: que podemos no tomarnos en serio lo que nos decimos. Entonces lo que nos decimos se convierte en un pretexto para nuestras agitaciones, pero no lo tomamos en serio. Y nos hartamos de escucharlo, creyendo que ya lo hemos verificado; pero la mayoría de las veces ni siquiera hemos empezado a hacerlo. Entre nosotros se produce una alternancia continua de dos posiciones: «Por un lado, un encerrarme en mí misma, en mis errores, en mi olvido; por otro, la posición más cierta y serena de volver a partir justamente de ese olvido». No importa. El hijo pródigo partió desde un vacío profundo. «Últimamente ya nada supone una objeción para que vuelva a empezar, justamente porque me hace consciente de mi verdadera necesidad». Pero esto hace falta verificarlo.

Ahora, al igual que entonces, cuando una chica después de un vía crucis me miró con gratitud –una mirada que me decía «tú eres un bien para mí», que me hizo dejar otros intereses, quizá inconscientemente, para empezar al día siguiente a volver entre aquella gente, al lugar en el que había visto esa mirada–, ahora al igual que entonces, resulta claro que yo, con todo mi límite, a veces indescriptible, he encontrado lo que me salva a mí y lo que salva al mundo. Pero ahora he comprendido mejor que tengo que comunicar esto, y que solo se puede comunicar viviéndolo. Siguiendo tus últimas intervenciones, la entrevista de Jot Down, el encuentro con Pilar Rahola, la entrevista a El Mundo, el encuentro con Violante en Milán, se ha encendido un fuego dentro de mí, una urgencia de verificar esta posibilidad que vuelto a ver en acto en estas últimas intervenciones tuyas; por eso no hay persona con la que no trate de verificar esto. Está claro que todo está directamente ligado al camino de Escuela de comunidad y a los

Ejercicios de la Fraternidad, y es asombrosa la coincidencia entre lo que me salva a mí y lo que puede salvar al mundo: para mí significa ensanchar la posibilidad de compartir las preguntas que se plantean todos al toparse con las circunstancias de todos los días, y cómo estas preguntas son, en el fondo, lo más valioso para construir una posición humana vencedora para mí y para todos. En el fondo, la pregunta nos corresponde a nosotros, es nuestro trabajo. Mientras que la respuesta es el acontecer de Jesús (que no acontece por un esfuerzo nuestro). Pero solo si uno tiene una pregunta puede reconocerle. Creo comprender que don Giussani, en el contexto histórico en el que la experiencia del movimiento surgió (iglesias llenas y ausencia de fe), regaló al mundo su carisma. Ahora tú nos provocas a un juicio pertinente al momento histórico mostrando que la intuición de don Giussani es verdadera porque vale hoy con iglesias vacías, con fe inexistente y ausencia de lo humano. En los últimos dos años mi trabajo está sufriendo mucho, pero esto no apaga ese fuego. Más aún, estoy agradecido por toda la dificultad y el sufrimiento que vivo por este motivo –y creo que no estoy loco–, porque gracias también a este sufrimiento mi pobreza se ha hecho consciente en mí, mi pregunta no se ha apagado y Jesús es la razón por la que me levanto por las mañanas. Y esto nunca me basta, pero Él está siempre ahí para decirme que soy un bien para Él. Este es el mayor milagro también para la solución de mis problemas, solución a la que dedico toda la energía que tengo.

¿Por qué Cristo es más importante que la solución de los problemas? Pensamos con frecuencia que es al revés. ¿Por qué vuelve el décimo leproso, incluso cuando ya había resuelto su problema? Porque nuestra necesidad no es que nos resuelvan el problema de la lepra, nuestra necesidad es mucho más profunda. Y aunque solo uno lo reconoce, ese uno nos testimonia la verdadera necesidad que tenemos, que es la necesidad de Él. Entonces todo lo que sucede en la vida, las cosas que nos hacen sufrir o los milagros – como la lepra– son para verificar lo que nos ha sucedido. Y uno entiende que esto es para todos. Cuanto más seguro está uno de la relación con Cristo presente, tanto más desea ponerse delante de la realidad para verificar por sí mismo que lo que es verdad de su vida cotidiana es verdad frente a todos y a todo, incluso cuando uno habla con un periodista. La verificación lleva a una certeza incomparable. ¡Y todo es ocasión para verificar, y por tanto para caminar, para gustar la belleza del camino!

Elecciones administrativas 2017. Hemos publicado en el sitio de CL y en las redes sociales dos contribuciones útiles para las inminentes elecciones administrativas en distintas ciudades italianas.

- La primera contiene fragmentos de una conversación entre Julián Carrón y algunos responsables del movimiento en Lombardía en el mes de mayo, en el que un amigo nuestro nos ha testimoniado de forma sencilla que el compromiso político nace del deseo de construir algo bueno para todos. Nos ha contado cómo algunos amigos, provocados simplemente por una pregunta del párroco, se han sorprendido mirando y juzgando la realidad que vivían y haciendo propuestas. También las personas a las que han conocido se han implicado a su vez.

Lo que ha surgido de ahí es una propuesta de testimonio y de juicio que vale para todos, incluso para aquellos que no tienen elecciones, porque plantea una cuestión de método

interesante. Este texto quiere ser el punto de partida para un diálogo en el que contarnos la experiencia del intento de contribuir al bien común que cada uno ha hecho en esta circunstancia electoral, o que hace en la vida cotidiana.

- La segunda contribución: *Razones de un compromiso para el bien de todos* es un manifiesto que propone las razones para prestar atención a esta cita electoral que brotan de nuestra experiencia.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 21 de junio a las 21 horas. Proseguiremos el trabajo de la Introducción de los Ejercicios de la Fraternidad, *Mi corazón se alegra porque tú, oh Cristo, vives*. Trabajaremos los puntos 4 al 6. El cuadernillo de los Ejercicios se adjuntará con la revista *Huellas* del mes de junio.

Vacaciones. El tiempo de las vacaciones o del descanso (para quien trabaja) pone de manifiesto qué nos interesa en la vida y también en el día a día. Don Giussani nos lo ha dicho siempre: lo que más consciente nos hace de qué es lo que nos importa de verdad se ve en el tiempo libre, no cuando estamos obligados, a causa del sueldo o del oficio, a hacer esto o aquello. En el tiempo libre yo puedo decidir qué quiero, se pone de manifiesto por ello qué es lo que me importa, qué es aquello de lo que no quiero prescindir. Podemos darnos cuenta de qué espacio tiene la oración, el trabajo de la Escuela de comunidad, la lectura, la búsqueda de relaciones verdaderas, es decir, si nos interesa tomarnos en serio nuestra necesidad humana. ¿La necesidad se va de vacaciones o también en las vacaciones tenemos necesidad? Es importante responder, también para comprender en qué consiste el verdadero descanso, para no volver más cansados que antes de irnos.

Libros para el verano:

- *Una strana compagnia* de Luigi Giussani, BUR. Se trata de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación que hemos empezado a publicar en la colección *Cristianesimo alla prova* para la BUR.
- *False testimonianze. Come smascherare alcuni secoli di storia anticattolica*, de Rodney Stark, Lindau.
- *Il grande spettacolo del cielo* de Marco Bersanelli, Sperling & Kupfer.
- *Los novios* de Alessandro Manzoni.
- *La leyenda del santo bebedor* de Joseph Roth.

Procesión del *Corpus Christi*. Recuerdo la invitación a cada uno a participar en este gesto sencillo en su propia diócesis, gesto a través del cual todos nos educamos para tener el horizonte de la Iglesia universal.

Veni Sancte Spiritus

¡Buenas noches a todos!